

OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL

**EL HOMBRE
ANTE DIOS**

RAZÓN Y TESTIMONIO

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2013

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2013
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1837-3
Depósito legal: S. 198-2013
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción</i>	13
1. DIOS, ¿UNA PREGUNTA SIN RESPUESTA O UNA RESPUESTA SIN PREGUNTA?	17
Introducción	17
1. Preguntas del filósofo sobre Dios, desde Dios y hacia Dios	20
2. Testimonios del creyente en favor de Dios como relatos de su revelación y del encuentro con Él	31
3. Las preguntas filosóficas y los testimonios creyentes ante nosotros hoy	39
4. El teólogo ante Dios	51
2. EL EXCESO DE DIOS Y NUESTRO SALTO AL LÍMITE	55
1. El «exceso» de Dios y otros «excesos»	55
2. El salto del hombre	62
3. LA REVELACIÓN DE DIOS Y EL ABISMO DEL AMOR	81
1. Dios es creíble porque se ha revelado como amor y solo lo conocemos amándolo	81
2. El acceso del hombre a Dios más allá de los dualismos	92
3. La unidad del hombre ante Dios en la sucesión de su historia	99

4. JESUCRISTO: LA HISTORIA DE DIOS CON EL HOMBRE ...	103
1. El acceso de Dios al hombre	103
2. El acceso del hombre a Dios	117
3. Los caminos externos: la atracción de Dios y la marcha del hombre	138
4. Nuestra palabra sobre Dios y la certidumbre de Dios	141
5. El Absoluto en la historia particular y la concre- ción cristiana	143
6. La singularidad de Jesucristo	144
<i>Epílogo. Razón, oración, testimonio</i>	147
<i>Índice de nombres</i>	151
<i>Índice general</i>	155

PRÓLOGO

Una cultura y una generación se caracterizan por las palabras a las que otorgan primacía y sitúan en primer plano, pero no menos por aquellas que reprimen y remiten al silencio, dejando de pronunciarlas. Con el silencio intentan eliminarlas primero de su conciencia y luego de la realidad.

El silencio puede ser signo del respeto y veneración máxima. Pero puede también ser signo de esa terrible potencia del hombre que es capaz de negar la palabra y de no valorar realidades esenciales que le constituyen; pues el hombre es inderogablemente conciencia (intelectual) del Incondicional y conciencia (moral) del Invisible. Ambas conciencias son distintas, aunque inseparables, y se interaccionan siempre.

En nuestra historia hemos pasado de un momento de evidencia social de Dios y del uso trivializador y desecado de esta palabra, que ha requerido formular el mandamiento: «No usarás el nombre de Dios en vano», a otra fase en la que ese santo nombre ha comenzado a desaparecer del vocabulario. Esta desaparición ¿es fruto del respeto al Santo —¡bendito sea su nombre!—, o de la ignorancia, del rechazo o del desinterés? ¿Será que hemos descubierto su trascendencia, santidad y poder, que trascienden todas nuestras palabras y pensamientos? Es posible. Pero ¿y si fuera el olvido de algo que

nos es esencial, el desinterés por lo que nos atañe incondicionalmente, la negación de quien sigue hablando en nuestra conciencia y por medio de los hombres y mujeres que creen en Él? ¿Y si fuera cierta la constatación del salmista: «Ellos, ignorantes e insensatos, caminan a oscuras mientras vacilan los cimientos del orbe» (Sal 82, 5)? Entonces tendríamos que hacernos también con Él la pregunta: «Cuando fallan los fundamentos, ¿qué puede hacer el justo?» (Sal 11, 3).

Este libro ha nacido de la consideración de ese hecho y de la pregunta consiguiente. Esa palabra, «Dios», no la podemos callar, ni podemos olvidar las realidades que nombra, porque a ellas ha ido religadas la comprensión y realización del destino del hombre. Han surgido la palabra y la pregunta por Dios porque en el seno del hombre alienta acogida o rechazada, clara u oscura, la conciencia de Dios; de ella nace la idea y de ella dimana la pregunta que no cesa. ¿Cómo si no volvería a reaparecer siempre a pesar de ser acallada o condenada públicamente? Somos hombres en la medida en que preguntamos por Dios; y si un día dejamos de preguntar por Él, es que nos hemos olvidado de nosotros mismos, de nuestra máxima posibilidad y de nuestra suprema necesidad.

Sus cuatro capítulos son como claraboyas que invitan a adivinar por dónde alborea esa luz que, aproximándose cual tenue brisa, espera del hombre su consentimiento para llegar hasta él y entrar en su casa. ¿Es Dios una pregunta perenne ínsita en el corazón del hombre para la que busca respuesta, o es una respuesta que dan los creyentes para la que no existe previamente ninguna pregunta, espera o deseo en el corazón humano? Estos son los hechos: la historia es una suma de preguntas de filósofos y de testimonios de creyentes, cuya conjunción

llega entera hasta nosotros. Pero ¿y si la realidad fuera esta otra: que es Dios quien pregunta al hombre: «Adán, dónde estás» (Gn 3, 9)?, ¿y si la preocupación fundamental fuera esta: en qué condiciones debe vivir el hombre para oír su voz y responderle?

Hablar de Dios es una necesidad y un atrevimiento, porque Él es un exceso infinito, dice san Juan de la Cruz. Un exceso que se ha revelado en el exceso del amor creador y en el exceso de la solidaridad hasta asumir nuestra condición de seres finitos y soportar nuestra violencia, haciendo de su muerte en cruz súplica, perdón e intercesión por nosotros. En la faz de Cristo aparece la gloria humilde de Dios y la vocación gloriosa del hombre. Ya no se puede hablar de ninguno de los dos sin referirnos a él, exponente supremo de la entrañeza de Dios con el hombre y de la vocación suprema de este.

El título parte de una convicción: los seres espirituales somos naturaleza y libertad, ser y destino, consistencia natural y proyecto personal. Somos desde donde venimos y somos aquello para lo que existimos, ante lo que estamos y ante quien estamos. Esta realidad de presencia elegida se convierte en brújula que guía, fundamento que sostiene y meta que atrae; en una palabra, en nuestro dios. Eso que elegimos, adoramos y servimos, ¿nos puede alumbrar, redimir y dignificar absolutamente? ¿Es un ídolo o es el Dios verdadero? En teoría podemos creer o no creer en un Absoluto; con nuestra práctica todos somos ídólatras o adoradores del Dios verdadero. ¿Elegimos el Absoluto sagrado y personalizador digno del hombre, que por su gratuidad primero y su eficacia después merece ser creído y amado?

El subtítulo del libro pone de relieve que en todo ejercicio de la razón hay un elemento de experiencia última,

de confianza radical y de testimonio personal; y que en todo testimonio hay un elemento de reflexión y de fundamentación racional. Una vez ejercitadas estas, la voluntad y el amor prefieren y deciden. El hombre es uno y en todas sus decisiones está presente, decidiendo, el quién entero. Se tiene la fe del hombre que se es y se es el hombre de la fe última de la que se vive.

Si las ideas pueden esperar, la acción y la vida no esperan, y en su fragua forjamos nuestro destino. También ante Dios.

INTRODUCCIÓN

Este libro quiere acercarse a una cuestión tan vieja como la propia humanidad. El canto, el trazo de pintura en una cueva, el símbolo en una sepultura y la invocación de Dios nacen a la vez, son contemporáneos. Una vez proferida, no podemos olvidar esta divina palabra, porque es la raíz de nuestro primer origen, el fundamento de nuestra libertad personal y el ancla de nuestra definitiva esperanza.

Dios no es el límite de nuestra libertad o el freno de nuestras conquistas históricas, sino el garante de su perduración, el vigía que denuncia sus encubrimientos y el juez que no dejará impunes sus desafueros.

Un universo absolutamente desacralizado (mundo sin Dios), funcionalizado (acciones sin verdad), deshumanizado (personas tratadas como cosas) y relativizado (medios próximos sin fines últimos) sería el anticipo de la abolición final del hombre.

I

Nuestra cultura occidental ha surgido de dos voces conjugadas: la de Sócrates, que nos lanzó a buscar la verdad, la justicia y la piedad cognoscibles por todos los hombres, y la de Jesucristo, que nos hizo posible reconocer a Dios como gracia antes que como ley, e invocarlo antes como Padre que como Poder. A diferencia de otras religiones, el cristianismo no propone su particular reve-

lación divina como programa de política humana, sino que entrega el mundo a la inteligencia del hombre para que, a la luz de la naturaleza exterior, de la conciencia personal y de la experiencia histórica, comunes a todos, lo conozcan, se abran a Él y se realicen a su luz.

El mundo en cuanto materia transformable e historia desarrollada es pensable sin Dios, pero no lo es en cuanto hecho de existencia. El hombre ya no es pensable sin Dios y Dios ya no es pensable sin el hombre, porque Él nos ha revelado su trascendencia en la encarnación de Jesucristo y su santidad por la solidaridad de éste con nosotros en vida y muerte.

Estas palabras de Sócrates siguen siendo programa y ejemplo para la misión de la inteligencia abierta, en una ciudad abierta no sólo a la gestión política, sino también al horizonte trascendental:

Yo, atenienses, os aprecio y os quiero, pero voy a obedecer a Dios más que a vosotros y, mientras aliente y sea capaz, es seguro que no dejaré de filosofar, de exhortaros y de hacer manifestaciones al que de vosotros vaya encontrando, diciéndole lo que acostumbro: «Mi buen amigo, siendo ateniense, de la ciudad más grande y prestigiosa en sabiduría y poder, ¿no te avergüenzas de preocuparte de cómo tendrás las mayores riquezas y la mayor fama y los mayores honores, y en cambio no te preocupas ni te interesas por la inteligencia, por la verdad y por cómo tu alma llegue a ser lo mejor posible?» (*Apología*, 29d-e).

Saber si Dios existe es la primera pregunta y la esencial preocupación del hombre, porque si la existencia de Dios no parece aportar nada en el orden del hacer o poseer, sin embargo lo aporta todo en el orden del ser, del sentido y del futuro. Si Dios existe, todo es distinto: el hombre, la historia, el mundo. Tan grave como la pregunta por

su existencia es la pregunta por su naturaleza: ¿Cómo es Dios? De ambas deriva una tercera: ¿Qué relación tiene con el hombre y qué relación puede tener el hombre con Él? ¿Cuenta Él con cada uno de nosotros y podemos cada uno de nosotros contar con Él? Una vez que hemos descubierto un orden de realidad, contemplado un paisaje o hecho una amistad profunda, ya no podemos vivir como si no existiesen, porque nuestra vida queda para siempre determinada por esos acontecimientos.

II

En este libro, las ideas vuelven una y otra vez como variaciones diferidas sobre un mismo tema: Dios y su lugar, nosotros y nuestro tiempo ante Él. Si antes se le encontraba primero en la majestad de la naturaleza y luego en la intimidad de la conciencia o en el Absoluto trascendental, hoy nos percatamos de que Dios se presenta en la Biblia como Dios de los hombres, de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Tarea primordial del testigo veraz y humilde es creer en Él ante los hombres, ser creíble y responder de Él cuando le pregunten: «¿Dónde está ahora tu Dios?». Se analizan las condiciones necesarias para que la búsqueda sea auténtica y el encuentro posible. Hay caminos ciegos y hay comportamientos cegadores. Entonces no es que haya silencio o ausencia de Dios, es que los hombres somos sordos a su voz y ciegos ante su resplandor. El camino hacia Dios pasa hoy por el prójimo, por la ciudad, por el mundo. Es el camino del buen samaritano de Jerusalén a Jericó (Lc 10, 30-37).

Ni de Dios ni del hombre podemos «demostrar» nada, puesto que ambos nos preceden y nos exceden. ¿Cómo existiríamos si no hubiéramos sido creados? ¿Cómo actuaría nuestra inteligencia y despertaría nuestra liber-

tad si una inteligencia amorosa no nos hubiera llamado a existir? Antes de elegir hemos sido elegidos y antes de fundarnos hemos sido fundados. Antes que conocer hay que consentir a la existencia y antes que reclamar a Dios hay que agradecerle y alabarle por ser. El consentimiento agradecido, o al menos interrogativo, nunca el resentimiento acusativo, es el camino hacia Dios. El hombre puede preguntarle y aun citarle a juicio como Job, puede suplicarle ayuda como el salmista, mas nunca obligarle a justificarse. Esa piadosa y titánica empresa iniciada por Leibniz con su *Teodicea* (1710) excede a los humanos; además, aquel a quien no le baste el ser de Dios menos le bastarán las razones justificadoras de su existencia y su acción. Platón ya había hablado del *Theos anaitios* (*Timeo*, 42d) apelando a la responsabilidad de los hombres y desenmascarando el error de intentar hacer culpable a Dios de los males de la ciudad.

El consentimiento y el resentimiento ante Dios nos vienen facilitados o imposibilitados según hayamos recibido, en nuestra relación con los hombres, amor u odio, ternura o violencia, gratitud o exigencia. Quien en sus primeros años, esos en los que se forja nuestra triple urdimbre¹, no ha sido amado por los hombres difícilmente puede conocer y amar a Dios. De ahí que todo tratado de teología se vuelva tratado de antropología y a la inversa; de ahí también que todo tratado sobre el ser (metafísica) deba comenzar por una forma de vivir (ética).

1. J. Rof Carballo, *Violencia y ternura*, Madrid 1967.

ÍNDICE GENERAL

<i>Prólogo</i>	9
INTRODUCCIÓN	13
1. DIOS, ¿UNA PREGUNTA SIN RESPUESTA O UNA RESPUESTA SIN PREGUNTA?	17
Introducción	17
1. Preguntas del filósofo sobre Dios, desde Dios y hacia Dios	20
1. La palabra «Dios»	20
2. Las preguntas	22
3. Las respuestas	26
a) ¿Simples propuestas que dan que pensar o pruebas demostrativas?	26
b) ¿Vías?	28
c) ¿A qué conducen o en qué desembocan las respuestas del filósofo?	30
2. Testimonios del creyente en favor de Dios como relatos de su revelación y del encuentro con Él	31
3. Las preguntas filosóficas y los testimonios creyentes ante nosotros hoy	39
1. ¿Mantienen validez hoy las anteriores preguntas y razones del filósofo?	39
2. ¿Son hoy creíbles los testimonios de los creyentes a favor de Dios?	42
3. ¿Cómo debe interpretar la reflexión actual los argumentos y los testimonios?	44

4. Dios: gratuidad y necesidad	44
5. Dios como destino del hombre: logro (salvación), malogro (condenación)	46
6. Dios funcional o Dios real: Ludwig Feuerbach y san Juan de la Cruz	47
7. Tres formas de estar ante Dios: aceptar, confiar, creer	49
4. El teólogo ante Dios	51
2. EL EXCESO DE DIOS Y NUESTRO SALTO AL LÍMITE	55
1. El «exceso» de Dios y otros «excesos»	55
2. El salto del hombre	62
1. «Si Dios no existiese, habría que inventarlo»	64
2. «Si Dios no existe, todo está permitido»	66
3. «Aun cuando concediéramos la hipótesis impía de que Dios no existe, permanecería válido el derecho natural como fundamento del Estado y de las na- ciones»	71
4. «Porque Dios existe»	77
3. LA REVELACIÓN DE DIOS Y EL ABISMO DEL AMOR	81
1. Dios es creíble porque se ha revelado como amor y solo lo conocemos amándolo	81
1. Dios comprendido desde Éxodo 3, 14: La metafísica del Éxodo	156
2. Dios desde la alianza con el pueblo: La teología del Sinaí	85
3. Libertad y amor: Categorías de la revelación de Dios y de nuestro conocimiento de Él	86
4. Dios solo es reconocible por el hombre en su fi- gura de pobreza y solidaridad, o la cruz de Cristo como forma coherente con el amor humilde y pa- labra insuperable de Dios	89
2. El acceso del hombre a Dios más allá de los dualismos	92
3. La unidad del hombre ante Dios en la sucesión de su historia	99

Índice general

4. JESUCRISTO: LA HISTORIA DE DIOS CON EL HOMBRE	103
1. El acceso de Dios al hombre	103
1. Sus dos caminos hasta nosotros: el divino maestro interior y el prójimo exterior	104
2. Tres formas de aparición de Dios en la vida humana	107
2. El acceso del hombre a Dios	117
1. Dificultades derivadas de un tipo de cultura	119
2. Los caminos de la humanidad en nuestra historia de Occidente	123
3. Nuestros caminos interiores hacia Dios	127
3. Los caminos externos: la atracción de Dios y la marcha del hombre	138
4. Nuestra palabra sobre Dios y la certidumbre de Dios	141
5. El Absoluto en la historia particular y la concreción cristiana	143
6. La singularidad de Jesucristo	144
 EPÍLOGO. Razón, oración, testimonio	 147
 <i>Índice de nombres</i>	 151